

Rodrigo Laguarda Ruiz (2014). *De sur a norte. Chilangos gays en Toronto*. Distrito Federal, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

De sur a norte. Chilangos gays en Toronto es el tercer libro de Rodrigo Laguarda, cuyo eje temático —al igual que los dos anteriores— gira en torno a lo que él denomina “homosexualidades masculinas”. En este texto, desde sus primeras líneas, aparece la persona que está detrás del escrito: Rodrigo Laguarda en su quehacer como investigador.

Con un lenguaje ameno, Laguarda hace dos precisiones por demás interesantes al momento de concluir una investigación. Primero, poner “punto final” a un texto en medio de los sentimientos que produce cualquier pesquisa. Segundo, reconocer que no podemos abarcar toda una problemática de estudio (p. 12). Primera recomendación de la obra: hay que cerrar ciclos y reconocer la parcialidad de toda investigación, manteniendo el compromiso ético con la ciencia social.

En este compromiso por develar una trayectoria de investigación, el autor señala que esta obra no fue producto de un programa académico, es decir, no hubo lectores y asesores que insuflaran aire al libro. Aunque, pienso, siempre hay *fantasmas* que asechan en los sueños de todo investigador: los asesores y lectores del ayer difícilmente desaparecen de la mente y, en algunas ocasiones, del corazón. Si bien reconoce que en este camino de investigación y escritura no estuvo solo, afirma: “esta vez me siento más responsable que nunca del resultado final, pues yo llevé las riendas de la investigación de un principio a fin” (p. 14). En esta obra, Laguarda

* Escuela de Antropología e Historia del Norte de México. Correo electrónico: jmsarricolea@gmail.com.

se finca un compromiso: hacerse visible en el proceso de construcción del conocimiento: “mostrar al observador es, sin duda, la vía más honesta para evidenciar lo que un texto puede ofrecer” (p. 14).

Pero ¿cómo hacer que una investigación anude las inquietudes académicas y los estados afectivos del investigador?, se pregunta Laguarda. Este vínculo se ejemplifica en el libro; por un lado, su inquietud por continuar estudiando las homosexualidades masculinas en México, esta premisa se transforma en su derrotero académico y justificación; por otro lado, el dolor que le ha producido la migración de mexicanos a otros países en busca de una mejores oportunidades. Emociones y reflexiones académicas, dos vertientes que Laguarda delinea a lo largo de las 84 páginas del libro.

Una propuesta y advertencia que destaca el autor en esta investigación es la relación —epistemológica y metodológica— entre sujeto y objeto. Apunta: “hoy debería ser una obligación dejar mínimamente clara la posición que tenemos respecto a nuestros objetos de estudio con el fin de que nuestros lectores puedan evaluar, desde un inicio, lo que un texto puede ofrecerles” (p. 16). Segunda recomendación: presentar nuestros textos en un diálogo constante entre sujetos de estudio, el investigador (en tanto persona y académico) y los contextos analizados (p. 17).

¿Quiénes son los sujetos que retrata Laguarda en esta obra? Habitantes gays de la zona metropolitana del Distrito Federal y municipios conurbados, quienes se autodenominan “chilangos”, además de asumirse abiertamente gays. Dos cruces identitarios. Identidades que se intersecan, deslizan y separan. Metáfora de la ciudad, sus caminos y sus habitantes. La particularidad de estos chilangos es que decidieron migrar a la ciudad de Toronto, Canadá. Su principal motivación: su condición sexual.

La metáfora de *De sur a norte* no se constriñe a posiciones geográficas distintas, también alude a mundos sociales diferentes (p. 17) política, económica, lingüística y culturalmente. Laguarda destaca que la migración de sujetos “urbanos” a esta metrópoli ha sido una vertiente de investigación poco analizada, y para añadirle un toque de complejidad, introduce el plano de la identidad sexual.

En el capítulo “Un punto de vista” relata que los grupos más desfavorecidos de la sociedad mexicana han sido lo más estudiados en la literatura sobre migración. Con base en esta revisión —además de sus

intereses personales, por supuesto— decide anclar su mirada en otros personajes: los chilangos gays. El trabajo de campo consistió en la realización de entrevistas y en el registro de observaciones en un diario de campo durante 2011. Eligió la ciudad de Toronto por el contacto personal, y por la implicación afectiva, que Laguarda fue tejiendo con sus sujetos de estudio.

Desde un prisma teórico, el autor señala que los hombres que estudia organizan sus vidas “en torno a una identidad, en este caso la sexual” (p. 28). La identidad gay tuvo su origen y emergencia en el mundo de habla inglesa, y posteriormente brotaría poco a poco en otros países, como México, principalmente en sus metrópolis. Este paulatino brote es producto de un proceso de globalización. Este recorrido teórico es abordado en detalle en su primer libro, *Ser gay en la ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982* (2009).

Un elemento que destaca en el texto es el acento puesto sobre el componente emocional de la identidad gay. Ello permite que los individuos se reconozcan como miembros de una comunidad imaginada, una comunidad de sentido (p. 29). Los interlocutores respondían a Rodrigo: “claro que soy gay! Y eso significa que me gustan los hombres, pero no todos [risas] o que tengo novio en lugar de novia; y también me gustan las mujeres, pero como amigas” (p. 29).

Las evidencias formuladas por el autor y que se presentan en el manuscrito parten de la historia oral — con ese sutil coqueteo antropológico —, para acercarse al estudio del mundo contemporáneo. Se trata de ubicar las experiencias de vida como parte de procesos de mayor envergadura: “las historias de vida no se dan en el vacío sino que en ellas se proyecta la relación individuo/sociedad” (p. 30).

Los sujetos de estudio abordados en este libro pertenecen a sectores medios de la ciudad de México, a “la clase media”; en general “son personas que llevan una vida privilegiada” (p. 33). Debo reconocer que esta evidencia, es decir, la intersección clase social e identidad gay que nos presenta el autor ha dado vueltas en mi mente desde que leí por primera vez su “otrora” tesis de maestría presentada en el Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). En sus publicaciones posteriores, incluido su segundo libro, *La calle de Amberes. Gay Street de la ciudad de México* (2011), deja ver esta intersección por

demás importante para los estudios gay; aunque, a mi juicio, es poco problematizada en sus obras.

Laguarda reconoce la importancia de la etnografía: “estar allí”. Además de las entrevistas que realizó, fue inevitable no tomar una que otra nota: el registro en el diario de campo. A caballo entre la implicación emocional y la autoetnografía, el autor reconstruye dos grandes impresiones que tuvo sobre Toronto. Primero, una ciudad parecida a muchas de Estados Unidos, aunque con sus especificidades. En Canadá resulta relevante la construcción de identidades nacionales debido a la frontera con Estados Unidos. Segundo, la población gay de Toronto; su barrio gay cuenta con una dinámica parecida al resto de las ciudades estadounidenses. En este tenor, añade que “la globalización de la identidad gay, muy americanizada, no se traduce en homogenización del mundo. Los sujetos estudiados no dejan de sentirse arraigados a su país, y a un determinado bagaje cultural” (p. 41).

En este orden de ideas, entre fronteras nacionales e identitarias, el autor hace explícita otra división social entre los hombres gays: la nacionalidad. Dicha segregación, por ser migrantes hispanos, posibilitó la cohesión social de pequeños grupos al pertenecer a un “subsegmento” de la población gay en Toronto (p. 43). Pero, aun dentro de este grupo, pueden existir jerarquías basadas en la clase social y el cuerpo. Un interlocutor de Rodrigo remarcó esta creación de fronteras nacionales, de clase y corporales al decir: “simplemente, no éramos iguales [en México] y no vamos a hacerlo sólo por el hecho de encontrarnos aquí” (p. 44). Una vez más: la clase social y las relaciones basadas en jerarquías de poder toman la delantera en el análisis. Sin embargo, Laguarda no profundiza en esta vertiente.

Un tercer punto de esta etnografía por las calles de Toronto fue “salir de antro en Church Street”. Laguarda capta la división existente entre “canadienses” y otros grupos de inmigrantes. El grupo mayoritario de migrantes de habla hispana en Canadá son los mexicanos; pista que detona investigaciones futuras. Los “antros” también se convierten en espacios físicos y simbólicos para recrear la identidad gay, pero en el extranjero. El contacto con México se mantenía gracias a las redes sociales; aunque se reconocen la importancia de las nuevas tecnologías, para muchos informantes nada es comparable con un abrazo, un beso, una charla cara a cara con la familia y los amigos que están en México.

En el apartado “Memorias”, el autor recupera las voces de sus informantes: los testimonios de su memoria (p. 51). Las entrevistas permiten construir una narrativa que vincula los testimonios individuales con el entorno social (p. 52): la historia oral. En esta parte del texto presenta varias reflexiones y argumentos. Primero, ciertamente la globalización ha posibilitado la movilidad. Laguarda señala que migrar por razones de orientación sexual es uno de los motivos principales de sus sujetos de estudio para dejar México. Sin embargo, el autor aclara que se anudan otros motivos.

Migrar a Toronto no es una casualidad. Para la mayoría, México les quedaba chico, aunado a los sueños de vivir en otro país. Conforme va obteniendo mayor confianza entre los entrevistados, Rodrigo escudriña otras razones detrás de las motivaciones iniciales que le relataron los migrantes gays: el machismo y la homofobia experimentados en México (p. 55). Una razón más fue el deseo de superación laboral. En México, sus expectativas profesionales chocaban con el hecho de ser gays; a diferencia de Toronto, con mayores oportunidades y sin este impedimento.

Por supuesto que entre las libertades y las restricciones en las vidas de estos chilangos gays surgen diferentes rumbos (p. 60). No todo es color de rosa; Laguarda es consciente de ello. Su incursión etnográfica con estos hombres gays de clase media y migrantes es variada, al igual que una paleta multicolor. La discriminación por ser inmigrante es una arista contemplada en este capítulo: “pasar de ser discriminado por ser gay a ser discriminado por ser inmigrante” (p. 62), platica uno de sus entrevistados.

La diferencia cultural también es abordada: las distintas formas de cortesía, la puntualidad, los acercamientos corporales. Es un mundo diferente, pero hay que vivir en él. Las añoranzas se presentan al evocar a México, por ejemplo, el amor a la familia, la riqueza cultural, la calidez de su gente, la gastronomía, sin olvidar que el clima es más amigable. El autor concluye que, pese a las diferencias individuales, los testimonios muestran afinidades culturales compartidas (p. 70) y que son recreadas en Toronto. La cultura, al igual que las personas, migran: de sur a norte.

En el capítulo “Patria hispana”, el autor señala cómo la lengua —el español— se convierte en una evocación más de México. Aunque sus informantes dominan el inglés, argumenta que el español les permite una mejor

comunicación y la recreación de la identidad mexicana por la vía del idioma. Lo que el autor denomina “la ampliación de la patria hispana” (p. 72).

Las miradas hacia el norte también son diversas: la dependencia, muchas veces económica, y la importancia de Estados Unidos para México (por ejemplo, para los sectores medios estudiados por el autor). El sur, aunque también hispano, no representa para estos migrantes más que una mirada a vuelo de pájaro. El racismo se hace evidente en la dirección de la mirada: al norte, no al sur, y también se plasma en las representaciones que se crean sobre los cuerpos sureños: los habitantes de algunos países sudamericanos. En este capítulo, Laguarda recrea identidades: se alude a la patria chica y una patria más amplia, “Hispanoamérica”. Pero al igual que unifica, en ciertas ocasiones asimismo separa, segrega, excluye y muestra la diversidad de los migrantes y no sólo de los mexicanos.

En el último capítulo, “Particularidades chilangas en Toronto”, que al mismo tiempo es el de las conclusiones, Laguarda enfatiza que presenta un panorama amplio para conocer las múltiples aristas de la migración de mexicanos urbanos de clase media a Canadá por razones de orientación sexual, materializadas en la identidad sexo-genérica, nacional, regional y de clase de sus interlocutores: chilangos gays de clase media. Al abrir este libro uno encontrará experiencias de vida de un grupo de actores sociales específicos. ¿Qué los hace semejantes?, ¿qué los une cuando están en Toronto?, ¿qué hace que se mantengan los lazos entre ser gay y ser mexicano?, ¿cómo se diferencian de otros migrantes hispanos y de los oriundos canadienses? Esta obra nos da algunas pistas, lo demás es tarea del lector.